

El proyecto o la vida: apuntes sobre la historia crítica y sus límites en Menéndez y Pelayo

Mariano Saba

Universidad de Buenos Aires – CONICET

Resumen

La revisión de ciertos postulados rectores en la crítica de Menéndez y Pelayo permite localizar algunos de los motivos más importantes que definieron el carácter dilatado, monográfico e inconcluso de su proyecto historiográfico. A partir de algunos planteos ya observables en su programa de la cátedra de Historia de la Literatura Española, se puede pensar el principio de exhaustividad como una tensión que se entabla entre la imposibilidad de la historia literaria y el sacrificio vital de quien la narra. Pensar este límite como intrínseco al concepto de “erudición”, debería incluso ayudarnos a comprender las acusaciones que los propios herederos de Menéndez y Pelayo lanzaron contra su empresa, juzgando el exceso del intento como forma de evadir las exigencias vitales de su contexto en crisis.

Palabras clave

Menéndez y Pelayo – historia literaria – Unamuno – campo intelectual – erudición

En su novela *Elogio de la madrastra*, de 1988, Vargas Llosa esbozó una audaz historia en la cual don Rigoberto desconoce por completo la trama erótica que ha nacido a sus espaldas. Al reverso de su erudita ingenuidad va escribiéndose la secreta y sensual historia entre Lucrecia, su segunda esposa, y Fonchito, el niño de doce años que naciera de su primer matrimonio. Al promediar la novela cruza por la ciega conciencia de don Rigoberto una duda que resignifica su propia situación ignorada:

¿Sería cierta aquella anécdota según la cual el erudito bibliógrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo, que padecía de constipación crónica, pasó buena parte de su vida en su casa de Santander, sentado en el excusado,

pujando? A don Rigoberto le habían asegurado que en la casa-museo del célebre historiador, poeta y crítico, el turista podía contemplar el escritorio portátil que aquél se mandó construir para no interrumpir sus investigaciones y caligrafías mientras luchaba contra el avaro vientre empeñado en no desprenderse de la mugre fecal depositada allí por los copiosos y recios yantares españoles. A don Rigoberto lo emocionaba imaginarse al robusto intelectual, de frente tan despejada y creencias religiosas tan firmes, encogido en su inodoro particular, arropado tal vez con una gruesa manta a cuadros sobre las rodillas para resistir el helado fresco de la montaña, pujando y pujando a lo largo de las horas, a la vez que impertérrito, proseguía escarbando los viejos folios y los polvorientos incunables de la historia de España en pos de heterodoxias, impiedades, cismas, blasfemias y extravagancias doctrinales que catalogar. (Vargas Llosa 1988: 85-86)

Vale la pena detenerse en este ejemplo, antes de encarar el tema del presente trabajo, ya que en él pueden adivinarse los rasgos más característicos que delinearon la posteridad intelectual de Menéndez y Pelayo no sólo tras la apropiación franquista de su figura, sino además por la ulterior mirada de muchos escritores de centro derecha que, curiosamente, impulsaron una visión irónica y sesgada del estudioso santanderino. Es comprensible que así haya sido: aunque el tema nos distraería de nuestro puntual objetivo, sería posible señalar cierta consonancia entre la solemne monumentalización del franquismo y la burla de aquel respeto sobre la que fundaron su parodia autores como Vargas Llosa o como el mismo Borges, cuando se preguntaba si el laborioso Menéndez y Pelayo no había contado con dos mentes, si no había sido esquizofrénico. "Parece que no tuvo vida privada." -opinaba Borges- "[...] Emprendía sin pereza obras en varios tomos. Murió por agotamiento y falta de ejercicio, a los cincuenta y tantos años, lamentando no poder seguir con sus libros" (Bioy Casares 2006: 169). Por su parte, la inscripción del sepulcro que Franco mandó a construir para trasladar el cuerpo de Menéndez y Pelayo reza una frase que desde entonces fue aceptada como posible en boca del erudito moribundo: "¡Qué lástima tener que morir cuando me quedaba tanto por leer!".

No voy a subrayar aquí la hipótesis de que la fundación del mito y su posterior parodia gozan de diferente formalidad pero de similar signo político. Ninguna de las dos posturas, ni el monumento ni la burla, están interesadas en enfrentar al mito, en problematizarlo para revelar las causas de su construcción y para extraer de él las contradicciones críticas que permitan explicar su real incidencia en la historia literaria. Aquella célebre imagen ciclópea que el franquismo había producido a partir de Menéndez y Pelayo para fundar a través suyo el nacionalismo ortodoxo como valor fundacional de lo literario español es pariente de la ironía con que se ha recibido, muchas veces, la imagen del erudito cuya propia vida se ve sometida a las exigencias mortales de su proyecto imposible. Sin embargo, es necesario percatarse de que estas operaciones son "conservadoras" por igual. Y como tales imposibilitan que el estudio

de la crítica pelayesca sobre un sentido renovado para entenderla, incluso, como uno de los eslabones más complejos en la continuidad de la historiografía literaria española.

La revisión de ciertos postulados rectores en la crítica de Menéndez y Pelayo permite localizar algunos de los motivos más importantes que definieron el carácter dilatado e inconcluso de su proyecto historiográfico y permitieron, por lo tanto, la constitución del mito al que he aludido. Para esto apelaré a algunos de los planteos que pueden observarse ya en su temprano programa para la cátedra de Historia de la Literatura Española, donde puede pensarse el principio de exhaustividad como una tensión que se entabla entre la imposibilidad de la historia literaria y el sacrificio vital de quien la narra. Pensar este límite como intrínseco al concepto de “erudición” debería ayudarnos a comprender no sólo la monumentalización franquista de Menéndez y Pelayo como erudito pionero, sino también las parodias posteriores y aún las acusaciones que sus propios herederos lanzaron contra su empresa. Entre ellos, sin dudas, fue Unamuno quien más trabajó para erosionar el modelo de su maestro, juzgando el exceso de su intento como forma de evadir las exigencias vitales de su contexto en crisis.

El programa de la Cátedra de Historia de la Literatura Española, editado por Miguel Artigas, es un documento muy particular, ya que en muchos sentidos puede entenderse como un sistema difuso que luego, con los años, Menéndez y Pelayo intentó organizar. El programa parece, por momentos, distanciarse notablemente de muchas aseveraciones que haría su autor en los años subsiguientes. Pero establece, sin embargo, algunas pautas que vertebran su crítica de juventud, sus opiniones sobre Calderón y que llegan incluso a resonar en el prólogo a su *Historia de los heterodoxos españoles*. Fechado en 1878, articula una especie de plan imposible y, en las anotaciones que añadió Menéndez y Pelayo durante la intervención de sus coautores, define un estilo crítico que no llegaría nunca a ser del todo suyo. De todos modos, hay dos constantes que el programa plantea en contradicción y que luego se mantendrán. Dos vías que parecen convivir en el proyecto crítico de Menéndez y Pelayo y que tuvieron diversa fortuna, como he señalado, sólo por razones políticas. Por un lado, es en el programa donde Menéndez y Pelayo exhibe aquel ímpetu abarcador que se ha visto, algunas veces, como índice de cierto progresismo que su crítica histórica habría de oponer al castellanocentrismo legitimado por el campo académico de entonces:

Si la historia de nuestra literatura es la del ingenio español, menester será buscarle dondequiera que se halle y en cualquier lengua o dialecto en que esté formulado. El concepto de nacionalidad es hartamente vago y etéreo para que en él se pueda fundar literatura alguna. Y además, ¿cuándo empieza la literatura española? ¿Desde cuando hay espíritu nacional? (Menéndez y Pelayo 1934: XVI)

Sin embargo, es esta virtud abarcadora la que se conjugará luego con el método científico positivista para constituirse en la trampa “vital” del erudito y conformar así la piedra de toque para la validación del mito posterior, ya sea en forma elogiosa o irónica. Porque es también en este programa donde resume Menéndez y Pelayo: “El crítico tiene que *analizar, describir, clasificar* y, finalmente, *juzgar*” (Menéndez y Pelayo 1934: XIII). Y añade acto seguido:

La ciencia histórica es en grandísima parte ciencia de hechos y observación, tiene que emplear con frecuencia procedimientos análogos a los de las ciencias naturales, no puede sintetizar sin haber analizado antes, no puede generalizar sin conocer los hechos particulares. (XIII – XIV)

Como puede verse, la zona fértil donde arraiga el mito de Menéndez y Pelayo como erudito fundacional está presente en su propia obra y tiene que ver con dos de sus principales objetivos: la conjunción entre la exhaustividad y la observación; y la homologación del historiador con el naturalista. La exigencia clasificatoria de las ciencias naturales reservan para el rol del historiador las cualidades del observador exhaustivo que debe enfrentarse con la hiperbólica vastedad de especies que hablan desde los restos fósiles del tiempo, que piden un ordenamiento en medio de la caótica heterogeneidad de su existencia documental. El historiador, así, se torna un caso similar al del naturalista perdido en medio de la naturaleza. El naturalista, con las solas armas de la razón observadora y de su criterio clasificador, debe entregarse a la urgente tarea de analizar y describir una multitud informe de materiales históricos que reclaman su lugar en la cuadrícula de lo existente y el juicio erudito que los sitúe jerárquicamente dentro de esa matriz. Pero la heterogeneidad de la naturaleza, su despliegue ilimitado desde un pasado remoto, todo conspira contra la simple tarea de darle forma. El archivo, que en el símil de Menéndez y Pelayo se concibe como imagen cercana a una totalidad natural, se rebela contra la finitud histórica a la que debe someterse. En Menéndez y Pelayo, el catálogo o lista bibliográfica (que está presente ya en su obra primigenia *La ciencia española*) cumple una función similar a las organizaciones del reino animal postuladas ya no por Cuvier, sino por sus antecesores del XVIII. Porque si Cuvier vino a turbar la fijeza del museo, sus predecesores habían preparado desde antes la exposición estable de ese cuadro que iba a exponerse a través de un lenguaje-matriz. Se cumple para el programa aquello que Foucault señalara en *Las palabras y las cosas* al referir el vínculo entre taxonomía e historia natural:

Las cosas y las palabras se entrecruzan con todo rigor: la naturaleza sólo se ofrece a través de la reja de las denominaciones y ella que, sin tales nombres, permanecería muda e invisible, centellea a lo lejos tras ellos, continuamente presente más allá de esta cuadrícula que la ofrece, sin

embargo, al saber y sólo la hace visible atravesada de una a otra parte por el lenguaje (Foucault 2005: 160)

El proyecto historicista del crítico Menéndez y Pelayo parece recoger, entonces, ese espíritu clasificador, esa esperanza por una taxonomía que dé cuenta del pasado aún de forma meramente enumerativa y descriptiva. Porque la lista, jerarquizada, ordenada, clasificada y hasta comentada, sigue siendo el mayor atajo para salvar lo imposible: es, de alguna manera, una sinécdoque de la abismal totalidad histórica. El índice de materias del programa determina cien lecciones para un curso que debía darse en ocho meses. Propone clases que se ocupan de temas tanto histórico-estéticos, como literarios o biográficos: allí se reúnen grandes puntos, distantes entre sí, que van desde la “impotencia del germanismo para torcer el curso de nuestra civilización” (19) hasta un compendio de historia de la lengua; desde la literatura hispano latina clásica a las influencias semíticas, desde el Siglo de Oro hasta los movimientos literarios del siglo XIX en España e incluso en América. Menéndez y Pelayo yuxtapone -cronológicamente- los *nombres* de numerosos objetos (obras, autores, problemas) que debían constituir la forma absoluta de la historia literaria de España. En el prólogo a su edición, Artigas explica que la extensión imposible del programa fue, justamente, lo más atacado. Y lo otro llamativo es que si bien se elogiaba su destreza en la crítica histórica y en el manejo de fuentes y documentos, no se admitió que Menéndez y Pelayo incluyera en la materia de historia de la literatura sus módulos sobre historia de la ciencia (aún cuando el joven santanderino defendía la literatura de ciertas antiguas obras científicas por ser portadoras de un alto valor lingüístico). No podía considerarse por entonces que en esa contradicción entre lo positivo y lo ambicioso estaba justamente el mayor de los atractivos que se proyectarían luego sobre su figura mítica. El erudito Menéndez y Pelayo, que a pesar de sus exigencias “científicas” e incluso a costa de sus propios límites vitales, se lanza a la fatigosa y romántica tarea de recuperar la historia toda de la literatura española: éste es el sustrato mismo del mito, la colisión entre positivismo y romanticismo que denota un proyecto monumental, gigantesco y nunca acabado, siempre en desarrollo, referido siempre y diferido también. Y éste es el sustrato que pervive no sólo en la solemnidad del elogio póstumo, sino también en la manipulación satírica de su retrato. El mito no ha cambiado entre ambas opciones, sólo ha variado su valor funcional. Los antecedentes de esa variación, por su parte, datan incluso de los tiempos en que Menéndez y Pelayo aún vivía. El maduro profesor, probablemente, llegó a intuir ya por aquel tiempo las críticas que caerían sobre su obra no sólo en cuanto a sus más excesivas defensas de la ortodoxia, sino también en cuanto a la trampa de su método. Al igual que las honras franquistas, que la violenta ironía de Vargas Llosa, que el filoso comentario de Borges, también Miguel de Unamuno -mucho antes que todos- se había visto llamado a socavar el mito de Menéndez y Pelayo, sobre todo en aquel punto ciego de su construcción monumental: el carácter erudito de su maestro. Unamuno, quien se autolegitima como discípulo de Menéndez y Pelayo, no deja de profundizar las críticas que le hace desde esa contradicción básica que constituye la caída de la erudición decimonónica: el contraste entre lo vivo y la condición pasiva del estudioso

obsesivo, dedicado perpetuamente al ejercicio aislado de fomentar su propio legado, de intentar su propia inmortalidad a través de la revitalización del archivo, aunque en ello se cifre el sacrificio de su existencia. Unamuno atacó esta característica de su maestro en numerosas oportunidades: fue consciente del estigma que Taine proyectó sobre Menéndez y Pelayo, un método histórico que emparentaba el estudio de los libros con el de los fósiles, aunque imponía la responsabilidad del historiador en vivificar la historia. En Taine, como en Cuvier y sus precedentes, sobrevuela la idea de que sólo vale la pena estudiar al fósil para conocer el animal, y que insuflar nueva vida a ese animal *pre*-histórico exige del historiador una cuota de arte. Según Taine (1945), lo contrario sería caer en “ilusión de biblioteca” (8), en comportarse como “simple erudito” (8). Y esta es la acusación que el joven Unamuno lanza contra su maestro: haber caído en la trampa de la erudición hasta evadir la mirada existencial de la Esfinge, del cuestionamiento que como español se debía a sí mismo en aquel contexto crítico. Pero, lo curioso, es que Unamuno no se enfrentó abiertamente: también eligió para la contienda con Menéndez y Pelayo las armas de una sátira que anclaba en la mítica erudición de su maestro. Unamuno es, pues, uno de los primeros en socavar la autoridad del profesor santanderino minando el supuesto interés de la homologación entre ciencia histórica y ciencias naturales. Y es de notar que no fue una obra menor la que Unamuno eligió para incluir esa mordaz representación de su maestro como un absurdo erudito acorralado por la vida. Fue ni más ni menos que en el capítulo XXIII de *Niebla* (escrita en 1907 y publicada en 1914) donde Unamuno proyectó a Antolín Sánchez Paparrigópulos como reescritura casi literal de su antigua caricatura “Joaquín Rodríguez Janssen” (de 1899), la cual, en carta a Clarín, había confesado ya como sátira directa de Menéndez y Pelayo. Paparrigópulos es presentado como un hombre cuya experiencia vital es nula, absolutamente mediada por el saber libresco. Se lo describe como un erudito solitario que “por timidez de dirigirse a las mujeres en la vida y para vengarse de esta timidez las estudiaba en los libros” (Unamuno 1984: 168). Su enciclopedismo conservador, en palabras de Unamuno, aspira a apartar al pueblo “de perniciosas doctrinas de imposibles redenciones económicas” (166). Toda su actividad intelectual apunta a la sujeción de lo vivo dentro de los límites de la erudición. Y por eso, irónicamente, se hace especial hincapié en lo que ya hemos señalado, el núcleo mítico del erudito fundacional: el hecho de que “sabía que con un hueso constituye el paleontólogo el animal entero y con un asa de puchero toda una vieja civilización el arqueólogo” (165). Pero Unamuno traslada la sátira al terreno de lo institucional: llega a poner en boca del personaje la confesión de que “el erudito es por naturaleza un ladronzuelo” (169) y deja entrever que todas las contradicciones de su tarea se dan por la torpeza de querer asegurarse un lugar pionero que le permita trascender a través de su propio proyecto de historia literaria. Por eso se dirá:

Paparrigópulos aspiraba -y aspira, pues aún vive y sigue preparando sus trabajos- a introducir la reja de su arado crítico, aunque sólo sea un centímetro más que los aradores que le habían precedido en su campo, para que la mies crezca, merced a nuevos jugos, más lozana... (167)

La “reja de su arado crítico”, escribe Unamuno, y se hace difícil no pensar en esa otra “reja”: la de las denominaciones, la taxonomía que Foucault señalaba como ilusión de la época clásica para el ordenamiento de la naturaleza. Es así que puede concluirse que ya Unamuno había adivinado la mayor debilidad del proyecto pelayesco y la había asediado sin piedad. Sin embargo, queda por postular que su ironía es diferente a la de los casos que he mencionado al principio de este trabajo, ya que es ineludible pensar si no fue Unamuno también, de otro modo, el continuador de esa fe en una totalidad histórica que debía recuperarse a costa de la vida, ahora sin método alguno. Tal vez hayan convivido en Unamuno las dos miradas sobre el mito, y de ahí que su sátira, su controversial recepción del legado de Menéndez y Pelayo, se haya resuelto amargamente en una especie de ironía trágica.

Bibliografía

Bioy Casares, Adolfo (2006). *Borges*, edición al cuidado de Daniel Martino, Colombia, Ediciones Destino.

Foucault, Michel (2005). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Menéndez y Pelayo, Marcelino (1934). *Introducción y programa de literatura española*, 1ª edición, publicado por Miguel Artigas, Madrid, Cruz y Raya.

Taine, Hipólito (1945). *Historia de la literatura inglesa*, Montevideo, Claudio García Eds.

Unamuno, Miguel de (1984). *Niebla*, Madrid, Sarpe.

Vargas Llosa, Mario (1988). *Elogio de la madrastra*, Buenos Aires, Emecé.